



CAPÍTULO 1

Inclencias del tiempo

La cocina es un campo de batalla. Todos corren, pero sabiendo lo que cada uno tiene que hacer. Una gota de sudor recorre la calva de Antoine, mientras que, con la precisión de un cirujano, deja un humeante corte de pato sobre un plato. El aroma que despidе es capaz de despertar el olfato de cualquiera y, después, decora con hojas de hierbabuena alrededor.

–¡Lulo! ¡Lulo! ¿Cuánto más tengo que esperar por esas calabazas?
–exclama Antoine apurado, levantando su vista del plato.

–¡En un minuto, chef! –responde Lucía completamente concentrada desde otro rincón de la cocina.

Lucía, de veintiocho años recién cumplidos, tez morena y unos ojos tan expresivos que parecen detener el tiempo cuando cualquiera se los queda mirando detenidamente, sonrío mientras corta las calabazas con una fluidez que siempre le ha traído elogios. Antoine voltea a verla y, al notarla en su faena a través de esa naturalidad, sonrío también.

Edward Miller, el dueño del restaurante, entra en la cocina. Es el único que no usa la clásica filipina blanca, ya que la suya es negra. Lucía voltea a verlo de reojo y pone los ojos en blanco. Por esto, se hace un pequeño

corte en el dedo, se lo lleva a la boca y ahoga un grito. Pete, un chef alto, delgado y de aspecto muy relajado está frente a ella y sonrío al darse cuenta. Lucía le devuelve la mirada y hace un gesto burlón, hacia su propia desgracia. Algo característico en Lucía es, precisamente, eso: nunca se toma los problemas demasiado en serio, prefiere pensar en soluciones. Por eso, Lucía toma un trapo para limpiar el corte. Edward se fija en ella con un gesto reprobatorio, pero no hace ningún comentario.

–¡No es posible! ¡Ya es tarde! ¡¿Se los tengo que recordar siempre?!
–Edward señala su reloj mientras habla–. ¡El tiempo es lo más importante para la excelencia!

Lucía imita en silencio la última frase, al mismo tiempo que Edward habla. Pete no puede más y le hace señas para que se calme. Edward voltea a verlo y Pete de inmediato vuelve a vigilar la cocción de un pescado. Lucía, con una sonrisa amplia y cálida. Pete la mira y se sonroja ante ella.

Ahora Edward ha cambiado su actitud de reproche por una de rigurosa inspección. Se pasea por la cocina revisando todo. Se acerca a Lucía. Le quita un momento el cuchillo y rebana las calabazas en cortes exactos. Lucía lo mira con reproche y él deja el cuchillo sin voltear a verla. Se aleja.

–Arrogante –menciona Lucía en voz baja con su mayor desprecio.

Antoine se acerca y la mira, divertido. Recoge las calabazas y las coloca alrededor del pato, formando un círculo perfecto. Lucía se acerca y vierte la salsa de nuez en el pato, formando pequeños círculos sobre él y sin alcanzar las calabazas. Antoine le sonrío y adorna con una hoja de hierbabuena más grande. En ese momento, Edward sale de la cocina frunciendo el ceño, justo después de ver a Lucía y Antoine colaborando. Se acerca el camarero y Lucía le entrega el plato con una delicadeza digna de una corona de cristal y diamantes. El camarero sale y Lucía voltea a ver a Antoine, quien le da una palmada en la espalda.

–Bien, bien –le dice cariñoso.

–Me gustaría ayudarte más –ella responde–. Tú sabes de lo que soy capaz. Sabes que puedo darte más.

–¡Lo sé! Y eso no me preocupa. Pero aquí las cosas funcionan de cierta manera por algo. Poco a poco. No te desesperes. Recuerda que el tiempo es lo más importante para la excelencia.

Lucía lo mira con cara de disgusto. Antoine suelta una carcajada y toma una de sus manos entre las suyas.

–Pronto, *ma fille*, pronto. Ahora solo nos queda esperar a que me muera. Seguro así Edward te asciende –le dice con una sonrisa burlona.

–¡Cállate! ¡No lo digas ni de broma!

Antoine sonríe y aprieta la mano de Lucía.

–Tienes mucho talento. Eres una de las mejores chefs que he conocido. ¡Y vaya que he conocido bastantes!

Él ríe brevemente y Lucía sonríe conmovida.

–Aunque no todos piensan igual... Preferiría mil veces esperar a que Edward, el Big Boss, se muera en vez de ti.

Antoine niega con la cabeza, divertido. En ese instante, Amanda, administradora, socia del restaurante y exesposa de Edward, entra a la cocina. Su cabello, rubio y largo, adorna su rostro perfecto, complemento ideal para su estilizada figura, que siempre resalta por la ropa entallada que utiliza. Fija la mirada en las manos de Antoine sosteniendo la de Lucía. Alza una ceja. Ambos se incomodan y se sueltan. Amanda voltea a verlos y sonríe, fingiendo cercanía.

–Antoine, cariño, necesito que vayas a verme en cuanto tengas un momento. Quiero preguntarte... –mira a Lucía con leve desprecio– algo en privado. Cosas administrativas, ya sabes.

–Claro, Amanda. Puedo ir de inmediato, si quieres –responde Antoine con naturalidad.

Amanda vuelve a mirar a Lucía, quien ya no soporta más y alza la cabeza, retándola con la mirada. Esto hace que la sonrisa de Amanda y su regocijo aumenten.

–¿Seguro que puedes dejar tu puesto en este momento?

Antoine nota las miradas entre ellas y abraza por los hombros a Lucía.

—¡Claro que sí, Amanda! Lulo está aquí. Confío plenamente en ella.

Amanda sigue sonriendo. Dirige su mirada hacia la mano de Antoine en el hombro de Lucía. Es una mirada tan penetrante, tan mal intencionada, que ambos se vuelven a sentir incómodos y Antoine la suelta.

—Ya veo, ya veo... Bueno, vamos, ¿no? —responde Amanda con la misma sonrisa hipócrita.

Antoine se acerca a ella y abre la puerta de la cocina. Espera a que Amanda salga, voltea a ver a Lucía, le guiña un ojo y sale. Lucía resopla del coraje. Pete se acerca a ella. Lucía lo mira.

—No seas tan obvia —le recomienda Pete—. Un día te van a despedir.

—No me importa —responde Lucía—. Hasta sería mejor no trabajar para gente tan indeseable.

Pete niega.

—No creo que no te importe —le dice.

—Claro que me importa, solo que no me quita el sueño. ¿La has visto? A ella ni siquiera le importamos, solo para molestar. No soporto su mirada, es horrible. Parece que todo el tiempo está planeando matar a alguien.

Lucía toma un cuchillo de la mesa y lo encaja en alguien invisible. Pete sonrío. Ella sonrío, deja el cuchillo y ambos vuelven a sus labores.

Ya es de noche y el calor primaveral sigue latente. Lucía sale del restaurante y sonrío ante la calle 52 que, a pesar de la hora, sigue llena de gente. La vida resplandece en Nueva York, nunca acaba y eso le llena el corazón. Adora vivir ahí y trabajar en La Rochette, el mejor restaurante de comida francesa de la ciudad. Orgulloso portador de tres estrellas Michelin e innumerables reconocimientos. Siempre en las listas de los restaurantes más exclusivos.

Es uno de sus grandes sueños cumplidos, “con el favor de Dios”, como diría su abuela Meche. Pero ella quiere más. Y su máximo sueño es que un restaurante como La Rochette sea suyo. Aunque, como La Rochette, no. ¡Ella quiere uno aún mejor! ¡El mejor de todos! A veces lo ve muy

lejos, siente que pierde su tiempo trabajando como ayudante de Antoine, aunque no se queja. Pero su madre, Coco, siempre le ha dicho que no debe renegar de lo que tiene, aunque quiera más. Tarde o temprano, y si trabajas duro, siempre llega lo mejor. Solo que Lucía no tiene la paciencia suficiente.

Lucía mira alrededor. Busca algo. Se da cuenta de que aún tiene el pelo amarrado y lo suelta, dejando caer su hermosa melena negra, que le llega hasta los codos, adornando su esbelta figura. Mete una mano al abrigo, toma su teléfono y marca.

—¿Sí? —responde una voz masculina y amable del otro lado.

—¿Dónde estás?

—Aquí, chef, esperándote. Solo que un poco más atrás.

Lucía sonríe ampliamente mientras voltea y ve un taxi, esperando afuera. Camina hacia él. Abre la puerta trasera y, adentro, Ben le sonríe. Es un poco alto para ella, pues Lucía apenas llega a medir 1.65, sin embargo, también se siente segura con él por este detalle. A Lucía siempre le han gustado los labios de Ben y, en cada beso, busca deleitarse nuevamente con ellos. Por lo que, al subir al coche, lo primero que hace es besarlo apasionadamente. Él responde, mientras su mano recorre la pierna de Lucía. Ella se separa divertida, al darse cuenta de que el chofer del taxi los mira con curiosidad.

—No, aquí no, Ben —sonríe divertida al chofer—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita —dirige su mirada a Ben—. ¿Nos vamos, señor? Ben asiente, sonriendo.

—¡Por favor! —responde con una mirada pícara—. A la 52 Este, en la 72.

El chofer asiente, mientras Ben vuelve a tocar la pierna de su novia. Ella niega divertida y la quita. El chofer arranca y Ben toma un chocolate amargo de su bolsillo, el favorito de Lucía.

—¿Cómo te fue, chef? —le pregunta entregándole el chocolate.

Lucía suspira cansada, pero ve el chocolate y se reanima. Le da un beso en la mejilla. Sonríe ampliamente. Adora que Ben le diga chef, la

hace sentir importante y convencerse de que algún día alguien más se lo dirá. Abre el chocolate y empieza a comerlo. Tarda en responder a la pregunta de Ben, mientras lo saborea en su boca.

Es uno de sus sabores favoritos. Le recuerda a su abuela. Ella siempre le regalaba un chocolate del “jarrón especial” de la cocina cuando era niña. Lucía disfrutaba profundamente acompañarla cuando ella cocinaba. Su abuela ponía una vieja radio y ambas cantaban y bailaban mientras iban preparando los ingredientes. Si ella le ayudaba y hacía las cosas bien, Doña Meche tomaba un chocolate del “jarrón especial” y se lo daba, llevándose un dedo a la boca para que no le dijera nada a su abuelo. Lucía se quedaba callada siempre, su abuela es su más grande cómplice.

Pero de pronto regresa a la realidad, cuando se da cuenta de que Ben la mira, expectante. Ella sonríe.

–¡Perdón! Me perdí. ¿Qué decías?

–¿Que cómo te fue hoy, corazón? –le pregunta sin dejar de mirarla.

–Bien, muy bien... O bueno, como siempre. Me gustaría hacer más, pero ya sabes, jerarquías.

Ben le sonríe condescendiente y ella da un bocado más grande al chocolate.

–Pero Antoine es buen tipo, ¿no? Digo, tan buen tipo que hasta me dan celos –Ben echa el comentario sin mala intención.

Lucía sonríe y niega.

–Ya te he dicho que me ve como a una hija. Es muy lindo, sabes la historia. Me parezco mucho a la hija que perdió. Por eso me protege y me ayuda a mejorar. Pero él no es el problema. Edward Miller y su arrogancia lo son.

–Lo odias tanto que, si no fuera porque es uno de los mejores del mundo, ya lo hubieras mandado al diablo hace mucho, estoy seguro.

–No lo odio.

Ben la mira, cómplice, y sonríe.

–Bueno, sí, un poco. Digo, me cae muy mal. Solo es eso. Además, no

puedo estar más agradecida de haber entrado a trabajar en La Rochette. Es algo a lo que muchos ni siquiera llegan al final de sus carreras. Y yo estoy iniciando la mía ahí. ¿Puedes creerlo?

—¡Claro que puedo! Lo veo cada día y sé que estás muy contenta. Aunque no es un secreto que me gustaría pasar más tiempo juntos.

Lucía mira a través de la ventana del automóvil. Se fija en su reflejo en la medalla de la Virgen de Guadalupe que cuelga de su cuello.

—*Shit!* Es cumpleaños de mi mamá —dice pegándose en la frente con la mano.

—Ya sé. Le envié un mensaje.

—¿En serio? ¿Por qué no me recordaste?

—Pues, ¿porque es tu mamá? Se supone que tú deberías hacerlo sola.

Lucía frunce el ceño. Ben la mira con reprobación, pero es una discusión que no planea volver a tener.

—La llamo llegando.

—Okey.

Lucía lo mira molesta.

—Odio los monosílabos.

Ben ríe.

—Okey, “mi amor” —le responde haciendo énfasis en las últimas dos palabras.

Lucía se vuelve a concentrar en la ventana. ¿Cómo pudo olvidar el cumpleaños de su mamá? Bueno, tuvo un día muy pesado, pero, ¿de verdad no se pudo tomar ni cinco minutos? Simplemente no se acordó. Lo que es mucho peor. Le urge llegar a su casa, no se podría perdonar que se le pasara el día sin hablar con ella.

Su mamá es un tema muy especial para Lucía. Su padre las dejó solas en medio de un centenar de promesas sin cumplir. Antes, Lucía le reprochaba a su mamá haberse fijado en ese hombre. Y de ello ha aprendido mucho. Desconfía del amor. Ella nunca se ha dejado llevar por él. Ben es su primer y único novio. Lucía intentó salir con otros

muchachos, bastantes, y siempre tuvo éxito con ellos, pero ninguno le parecía lo suficientemente valioso como para darle su tiempo ni, mucho menos, su corazón. Se puede decir que Ben se lo ha ganado, aunque no del todo. Ella lo sabe, es incómodo. Si alguien le pidiera a Lucía que explicara la situación, se quedaría callada. Y eso es algo grave en ella.

Coco dejó México para irse a Estados Unidos cuando Lucía era muy pequeña. Quiso darle una mejor vida y aportar más de lo necesario a sus padres, los abuelos de Lucía, quienes siempre cobijaron en su hogar a su nieta y le brindaron su apoyo. Lucía, aunque siempre tuvo todo el amor de sus abuelos, se llenó de tristeza al estar lejos de su madre. Y piensa en ella sosteniendo su medalla de la Virgen de Guadalupe, el regalo más especial que conserva de ella después de que se fuera a los Estados Unidos.

Lucía no entendía muy bien lo que pasaba, hasta que su abuela le contó que su mamá le había pagado a un coyote, un contrabandista, para ayudarla a cruzar la frontera. Para ese entonces, Lucía pensó que sería muy fácil. Pero un día recibieron una llamada de Coco, quien apenas hablaba porque casi muere en el desierto, donde se quedó sola, sin agua ni alimentos. Pero se obligó a sobrevivir pensando en Lucía, a quien no podía dejar así, sin padre y sin madre. Una mujer hondureña la encontró y la ayudó a reponerse. Empezó lavando trastes en un restaurante. Se mudó a Texas y se dedicó a limpiar casas. Tenía varios trabajos y, puntualmente, mandaba dinero para ayudar a sus padres con los gastos de Lucía.

—¡Lu! —Ben la quita de sus pensamientos.

Lucía se sobresalta.

—¿Qué?

—Ya llegamos a la casa. Te perdiste.

Lucía asiente distraída y se baja del coche. Entran al edificio y, mientras caminan hacia el elevador, él la mira extrañado. A veces siente que ella está en otro mundo, un mundo donde no está tan seguro de tener cabida. Nunca fue muy cariñosa, por lo que muchas veces Ben se desespera

al intentar tener momentos de intimidad con ella y no lograrlo. El sexo es bueno, sí, siempre lo ha sido, pero él busca otro tipo de intimidad. Compañía, sobre todo, ser cómplices de sus vidas, contarse sus preocupaciones y alegrías, formar parte el uno del otro.

Pero Lucía siempre es muy escueta al hablar de sus cosas y aún más para interesarse por las de él. Por momentos, Ben siente que comparte el apartamento con una amiga y no con la mujer que, supuestamente, quiere pasar el resto de su vida a su lado.

Entran al apartamento. Él lo ve como su lugar seguro, pero ella no. Es decir, Lucía no tiene ningún problema con el lugar, le gusta y, además, lo decoraron entre los dos. Cada rincón tiene algo de alguno de ellos. Pero, por momentos, Lucía no siente que sea tan suyo. Siente que le falta algo para sentir el calor de hogar al que está acostumbrada. Aunque no sabe qué es.

A veces cocina viejas recetas de su abuela para sentir ese calor. Pero Ben no ve esa labor como ella la ve. A él le fascina la sazón de Lucía y la pasión con la que prepara cada platillo, pero, a pesar de ser hijo de padre mexicano, él no está acostumbrado a ese tipo de sabores, pues nació y creció en Estados Unidos. Lucía se frustra mucho porque Ben no se puede conectar con los sabores como ella. Ben come por comer, mientras Lucía disfruta el resultado de su esfuerzo, de su arte. Cada platillo que ella cocina es un trozo de su corazón encarnado.

Ambos caminan por el apartamento, cada quien en sus propios pensamientos. Entran a su habitación. Lucía se pone su ropa de dormir y Ben hace lo mismo. Finalmente, él la mira, ansioso.

—¿Quieres cenar algo? —aventura.

—No.

—Lo bueno es que odias los monosílabos —murmura.

—¿Qué?

Él no responde y se mete al baño. Cierra la puerta. Lucía, de verdad, no escuchó. Pero lo conoce, sabe que algo le ocurre y quiere discutirlo.

Le encanta discutir cosas sin sentido y ella huye de eso cada vez que puede porque la estresa, y el estrés la hace perder el control.

—¡Le voy a hablar a mi mamá! —ella grita hacia la puerta del baño.

Ben no responde. Lucía pone los ojos en blanco y sale de la habitación. Llega a la cocina. Se prepara un té mientras revisa sus mensajes. Tiene cinco de Ben que nunca vio. ¿Será que por eso está enojado? No, le llevó un chocolate. Pero ¿entonces? Luego lo averiguará. Ahora debe llamarle a su mamá.

—¿Bueno? —se escucha del otro lado del teléfono, en altavoz.

Lucía sonríe ampliamente.

—Hola, ma. ¡Feliz cumpleaños!

—Hijita de mi vida, ¡gracias! Pensé que se te había olvidado.

Lucía pone cara de culpa.

—¿Cómo crees? No, tuve un día muy pesado. Solo eso.

—Tú siempre tienes días pesados, hija. Un día te vas a enfermar. Recién cumpliste veintiocho años y llevas un ritmo de vida muy cargado.

—Ya fue hace unas semanas, mamá. Y no exageres, es el mejor momento para hacerlo. Ya sabes, tengo que brillar. A veces me desespero mucho y quisiera hacer más, pero no puedo.

—Hija, ten paciencia. No hay prisa de nada. Vas por buen camino. Solo debes seguir. Es cuestión de tiempo.

—Odio el tiempo —suspira, se sorprende acordándose de Edward. Niega de inmediato y finge un escalofrío—. Ay, ma. No sé. De verdad que quisiera tener una maquinita del tiempo para adelantarlo. ¿Te acuerdas? Cuando era niña me decías que teníamos que inventar una para hacer avanzar el tiempo y vernos más pronto.

Se escucha la risa de Coco.

—Claro que me acuerdo, hija. Pero hoy te puedo decir sin ninguna culpa que eso no es posible. Cuéntame, ¿cómo está Ben? Me mandó un mensaje en la mañanita.

—Sí me dijo. Ahora anda enojado —baja la voz.

—¿Y ahora qué le hiciste?

—¿Yo? Nada, ma. De verdad que nada. Es un exagerado. Todo lo toma personal, todo le parece mal, me desespera...

—Pero si a ti todo te desespera, hijita, relájate. ¿Lo has hablado con Hanna?

Lucía se queda callada un momento. Odia que la interrumpen, pero es su madre. Respira.

—Muchas veces, pero es *life coach*, no mi psicóloga. Creo que no me entiende del todo.

—Pero hace mucho dejó de ser tu *coach*, es tu mejor amiga. Deberías estar más abierta a escuchar su opinión.

Lucía niega, se lleva la taza a la boca y se quema.

—¡Dios!

—¿Qué pasa? No te enojas.

—No, ma, me quemé... Pero oye, cuéntame, ¿qué hiciste hoy? ¿La pasaste bien?

—Sí, hija. Gracias. Estuve con Linda casi todo el día. De verdad siento como si fuera mi hermana, fuimos a comer y de ahí al *mall* para comprarme algo, pero no encontré nada que me gustara realmente.

—Nunca entenderé eso de ti... En un *mall* yo siempre encuentro algo. Coco se ríe.

—Te compré una cosa, de hecho. Luego te la enseño.

—¡Gracias! —¿cómo enojarse con esa mujer?—. Ma, ¿cómo están mis abuelitos?

—Bien, hija. Tu abuelo, desesperado. Es igual que tú. Ya no quiere seguir con el tratamiento. Deberías llamarles, les hace mucho bien escucharte. Se ponen muy felices.

—Lo haré, mamá. No puedo creer que mi abuelo no quiera seguir. Es un terco.

—Pues ya sabes... Son igualitos, no te hagas.

—¡Claro que no! ¡Él es peor!

–No creo...

Lucía está lista para replicar, pero Ben sale de la habitación.

–Ma, ¿te llamo después? Ya viene Ben –lo dice con toda la intención.

–Okey, hijita. Mañana hablamos.

–Sí. Feliz cumpleaños de nuevo.

–Gracias. Te quiero.

–Yo más, mamá.

Lucía cuelga y, antes de dar un sorbo al té, sopla para enfriarlo un poco más. Ben se acerca y la abraza por detrás, poniendo las manos en su estómago.

–Hola, chef –le dice al oído.

Lucía se estremece. Le fascina que haga eso. Además, le encantan sus brazos. Ben lo sabe, siente cómo Lucía no se puede resistir. Él baja lentamente las manos mientras le besa el cuello. Lucía deja la taza sobre el fregadero con sorpresa y se voltea. Él le sonríe y ella lo besa. Él le responde apasionadamente y comienzan a quitarse la ropa.

–Vamos a la cama.

Ben no responde y asiente. Se mueve torpemente, pues trae los pantalones a media pierna. Se los sube y carga a Lucía. Se van divertidos, mientras se siguen besando.



Al día siguiente, todo transcurre con normalidad en la cocina de La Rochette. O casi todo, ya que Lucía llega tarde y corriendo mientras se abotona la filipina. Antoine voltea a verla, con cara de preocupación.

–¡Ya sé! ¡Ya sé! Pero solo fueron unos minutos de retraso. Calma.

Antoine no responde, está a punto de abrir la boca pero Lucía se acerca y le da un beso en la mejilla. Pete junto a Antoine, la mira asustado.

–Listo, chef. Relájese. Nunca llego tarde, casi nunca. Además, siempre hay tiempo.

–¿Crees que siempre hay tiempo, niña? –pregunta Edward, con voz grave, detrás de ella.

Lucía abre los ojos con horror al escucharlo. Antoine la mira preocupado. Ella voltea y ve que Edward la mira impasible, con Amanda al lado, quien tiene una expresión de divertida sorpresa.

–Señor... Chef... Discúlpeme, yo...

–Es intolerable que alguien llegue tarde a su trabajo. ¡Y la falta es aún mayor cuando se trata de uno de los restaurantes más importante del mundo!

Ella niega.

–¿Crees que el tiempo y la puntualidad no son importantes? ¿Sabes qué es la disciplina?

Lucía no puede responder. Edward se acerca a ella.

–¿Sabes qué me llevó a ser quién soy? ¿Sabes por qué estoy en este lugar ahora? ¡La excelencia! ¿Y sabes qué me dio la excelencia? ¡El tiempo! Sobre todo, el respeto por el tiempo de todos. De-to-dos.

–Chef, yo me siento muy avergonzada...

–¡Vete! ¡A la calle! No quiero a nadie como tú en mi cocina. Un elemento tan débil como tú no es algo que La Rochette se pueda permitir.

Lucía siente como los ojos se le llenan de lágrimas. Antoine se adelanta y la abraza por los hombros.

–Edward...

–¡Fuera de mi vista! –grita a Lucía con una mirada severa y luego se dirige a él–. Antoine, no voy a perder mi tiempo. No la quiero aquí ni un segundo más.

Edward sale de la cocina. Amanda lo sigue, no sin antes sonreír satisfecha ante la situación. Lucía no lo puede evitar más y llora. Antoine la abraza y ella llora con más fuerza. Pete y los demás se van acercando poco a poco. Todo está perdido.